

Dublín

Disfruté, creo que digo bien, de un clima aceptable, días típicamente brumosos, sin frío, con algo de lluvia. Anduve bastante sobrado de andar y regular de tiempo, así que no encontré un momento para mandarme mi habitual carta cuando viajo al extranjero y eso que pasé por delante del majestuoso edificio de correos (General Post Office) situado en la calle O'Connell, la principal arteria de la ciudad. Este emblemático edificio posee un gran valor histórico ya que fue el lugar en el que se proclamó la República de Irlanda después de la sublevación de 1916.



Pero comencemos por donde se debe. ¿Merece la pena visitar Dublín? Esa fue la pregunta que alguien me hizo nada más regresar. Respuesta: sí, aunque sólo fuera por su maravillosa gente, casi increíble para los tiempos que corren. Leo en el largo, muy largo, me refiero al tamaño de cada página, periódico The Irish Times Weekend, del día 20 precisamente, que los lectores de Rough Guides le han otorgado mediante sus votos el segundo puesto como ciudad más acogedora en el mundo. Y si hay un pero, algo que no me gustó de Dublín, fue la imagen de tanto pobre pidiendo en sus calles, la imagen de tantos desamparados durmiendo en los lugares más insospechados.

Como no dispuse de mucho tiempo, insisto, me tuve que limitar a la visita de lugares muy concretos, aquellos que estimé como los más emblemáticos de esta ciudad. Casi sin remedio atravesé sus puentes en repetidas ocasiones, sobre un río, el Liffey, con su antiguo barco de "pasajeros", el Jeanie Johnston Famine Ship, que en la época del hambre tantos como él sirvieron para llevar a una nueva vida y a la muerte a un gran número de emigrantes (la conocida como *diáspora irlandesa*). Muy cerca, en la misma calle a cuya lado se encuentra varado el velero, Custom House Quay, se encuentra un impresionante monumento, obra de Rowan Gillespie, que nos recuerda la tragedia de esos días jamás olvidados que condicionaron una tragedia que, traducida a cifras, bien pudieron ser de más de 2 millones de muertes (cifra estimada, no se registraron los fallecidos) y una gran número de emigrados a diferentes países. La gran hambruna que asoló Irlanda constituye uno de los más destructivos episodios de la historia moderna (el interesado puede leer, por ejemplo, *A short history of Ireland's Famine*, de Ruan O'Donnell).





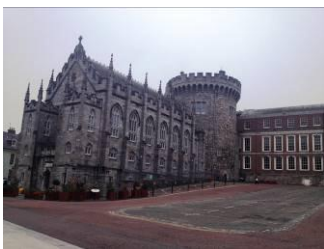
¿Cómo acudir a Dublín y no visitar el Trinity College? Esta universidad, la más antigua de Irlanda, situada en el centro de la ciudad, fue fundada en el año 1592 por Isabel I de Inglaterra. El número de estudiantes que acoge se ha incrementado muy significativamente, con una cantidad de peticiones que doblan al de plazas disponibles. Por sus aulas pasaron políticos, escritores y científicos de gran relieve, entre

los que se incluyen Henry Grattan, Jonathan Swift, Samuel Beckett, Oscar Wilde, entre otros. No me perdí, por supuesto, la visita a su biblioteca, en cuya sala principal se encuentran depositados unos 200.000 libros y diferentes documentos, entre ellos algunos del premio Nobel de literatura Samuel Beckett, donados por el mismo. En el pabellón Este del mismo edificio se encuentran los famosos manuscritos de los evangelios medievales irlandeses, principalmente el Libro de Kells, el libro de Armagh y el libro de Durrow.

Pude acercarme, aunque sólo me limité a una rápida mirada, a la catedral de la iglesia de Cristo, la edificación más antigua de la ciudad, y, ya con más



detenimiento, a la catedral de san Patricio, construida en honor del patrón de Irlanda, de la que fue dean Jonathan Swift, autor de un clásico de la literatura universal, *Los viajes de Gulliver*, una historia de un gigante entre enanos o, no menos cierto, un enano entre gigantes y un ser humano avergonzado de su



condición en una tierra poblada por caballos sabios, más humanos que los propios hombres y que desconfían, con razón, de éstos. De este escritor se pueden ver aquí su máscara funeraria, varios de sus libros y algunos documentos. No debo olvidarme de decir que, en general, pero también en estos edificios hay que pagar religiosamente para poder entrar. Cerca de esta segunda catedral, se encuentra el castillo, hoy dedicado a la

celebración de recepciones estatales, reconstruido en numerosas ocasiones y del que se conserva una única torre medieval intacta.

Quizás, yo así lo sentí, por encima de todo Dublín es fachadas de ladrillos de tonos naranjas y rojos, con su río Liffey, con sus escritores, Joyce por supuesto, pero también Yeats, también Wilde, Shaw... Curioso, muchos de los grandes escritores irlandeses se fueron, no vivieron en su país pero, eso sí, lo sintieron profundamente. Dublín también es leyenda, tradición céltica de historias narradas oralmente, como la de una mujer que te la encuentras fácil, en la



calle Suffolk, fotografiada por todo el mundo, una hermosa pescadora llamada Molly Malone que murió de una fiebre en plena calle. Hoy ya es estatua, verdad para siempre. La muchacha iba por las tortuosas calles de la zona portuaria de Dublín, empujando un carro y pregonando: “¡Mejillones y berberechos vivos! ¿Existió, de verdad, Molly? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Pero Dublín es sobre todo noche, o esa es mi verdad porque a mi así me lo pareció, y cerveza negra. Por eso los pubs abundan y de ellos son visita obligada el Oliver St John Cogarty y el Temple Bar, auténticos iconos de la ciudad, donde siempre te podrás apurar unas pintas de Guinness con tus amigos, antes de que acabes decidiendo que algún día tendrás que volver para disfrutar de nuevo, sobre todo, de la maravillosa gente de una ciudad inolvidable, de esa gente que ya no crees que pueda existir y que, para tu sorpresa, se acerca hasta ti para ayudarte, antes incluso, de que hayas pensado en pedirselo.

